

vivía entre desahucios, emplazamientos y providencias. Después de vender por valor de cinco francos de pomada ó encajes, se insinuaba en el ánimo del parroquiano, se convertía en agente de negocios, se encargaba de visitar á los procuradores, jueces y abogados, é iba de aquí para allí con sus legajos de papel sellado en el fondo de su cesta, durante semanas enteras, tomándose un trabajo improbo yendo de uno á otro extremo de París, con su paso igual y menudo, sin tomar nunca un carruaje.

Nadie hubiera adivinado el provecho que Sidonia sacaba de semejante oficio. Lo hacía, desde luego, por amor instintivo á los negocios oscuros y á los enredos, pero obtenía muchos beneficios, como eran, comidas en una casa ú otra y piezas de un franco recogidas en distintas partes. No obstante la verdadera ganancia consistía en las confidencias que recibía de todos y que la colocaban sobre la pista de extraños negocios.

Viviendo en las casas ajenas y metida en los asuntos de otros, era un depósito andante de ofertas y demandas. Sabía donde vivía una joven que deseaba casarse en seguida, donde una familia que necesita un préstamo de mil francos, donde un prestamista que ofrecía fuertes sumas con crecidos intereses; y sabía cosas más delicadas aún, las tristezas de una señora pálida no com-

prendida por su marido, los gustos de un barón muy rico aficionado á las mujeres y á la buena mesa. De un lado para otro llevaba las demandas y las ofertas, andaba dos leguas para hacer que se entendiesen dos enemigos irreconciliables, enviaba el barón á casa de la señora pálida y tenía en fin grandes negocios.

Estos negocios podía confesarlos en voz muy alta; un largo pleito cuya prosecución la había encargado una familia noble arruinada, y una deuda contraída por Inglaterra en favor de Francia, del tiempo de los Estuardos, y cuya suma total, con los intereses compuestos, ascendía á cerca de tres billones.

Esta deuda era su pesadilla. Explicaba el asunto con gran lujo de detalles, y contaba la historia acaloradamente, interesada en demostrar el aspecto legal del pleito. A veces, entre una entrevista con el alguacil del juzgado y una visita á una amiga, vendía un par de metros de puntilla ó alquilaba un piano, aunque estos eran negocios pequeños que no por eso desperdiciaba. Después, llegaba presurosa á su tienda donde una parroquiana le había dado cita para ver una pieza de Chantilly; llegaba la parroquiana y se deslizaba como una sombra en la tienda discreta y velada, y no era raro que un caballero, entrando por la puerta cochera de la calle Papillon, fuese al mis-

mo tiempo á ver los pianos de la señora Touche, en el entresuelo.

Si no hacía fortuna la señora Sidonia, no era porque trabajase ciertamente por amor al arte. Aficionada á los procesos, olvidando sus mismos negocios por los de los demás, dejábase saquear por los alguaciles, lo cual, por otra parte le procuraba alegrías conocidas sólo de los litigantes.

Desaparecía Sidonia para quedar el agente de negocios. De pequeña estatura, delgada, descolorida, vestida con aquel traje negro que parecía hecho de la toga de un abogado, habíase acartonado, por decirlo así, y al verla trotar á lo largo de las aceras, se la habría tomado por un escribiente de notario, vestido de mujer.

Tenía su rostro la amarillenta palidez de papel sellado, sus labios estaban plegados siempre por una sonrisa apagada, en tanto que sus ojos parecían nadar en el bullicio de los negocios y de las preocupaciones de todo género, que llenaban su cabeza de movimientos tímidos y discretos, con cierto vago olor, además, de confesonario y de gabinete de comadrona; se hacía á veces dulce y maternal como una religiosa, que, habiendo renunciado á las afecciones de este mundo tiene piedad de los sufrimientos del corazón.

Jamás hablaba de su marido, ni de su infancia, de su familia ni de sus intereses. Sólo había una

cosa que ella no vendiese, y esto, era su persona, pero no porque tuviera escrúpulos para hacerlo, sino porque nunca se le había ocurrido la idea de tal comercio. Era seca como una factura, fría como el protesto de una letra, indiferente y ruda en el fondo como un corchete.

Saccard no pudo al primer golpe de vista, y como recién llegado, descender hasta las peligrosas profundidades de aquellos oficios sin número que desempeñaba Sidonia, pero fué harto pobre la idea que formó de la inteligencia de su hermana, cuando, suponiendo versado á Aristides en la ciencia, por haber seguido un curso de Derecho, le habló un día de los tres millones de Inglaterra con la gravedad extraña de que sabía revestirse al tratar de este asunto. Reanudadas no obstante las relaciones de familia, y llevada de aquel espíritu inquisitivo que la caracterizaba, Sidonia registró con todo escrúpulo los rincones de la casa de la calle de Santiago y estudió á Angela con una mirada; sólo cuando sus incesantes correrías la llevaban á aquel barrio, ó cuando experimentaba la necesidad de hablar con alguien de la eterna cuestión inglesa, y en la cual creyó en seguida Angela, era cuando aparecía por la casa de Aristides.

Entonces la corredora volvía á una idea favorita y hacía correr el oro de sus labios con verdadera

fricción. Aquel era el único flaco de espíritu sutil; la locura pacífica en que mecía su existencia, perdida por lo demás en miserables tráficos, el mágico incentivo, en fin, con que alucinaba á sus parroquianos más crédulos y sencillos. De este modo, convencida ella misma, acababa por hablar de los tres billones como de su propia fortuna, en cuya posesión habían de ponerla tarde ó temprano los tribunales; idea ante la cual aparecía á los ojos de sus clientes rodeado de una aureola mágica su sombrerillo negro, donde se balanceaban algunas violetas descoloridas, cuyos tallos de alambre se veían al descubierto.

Angela al oirla, abrió los ojos desmesuradamente, y varias veces habló á su marido respecto de su cuñada, diciéndole tal vez que un día Sidonia les haría ricos; pero Aristides se encogía desdeñosamente de hombros; precisamente había visitado la tienda de Sidonia aquel día y no había encontrado más que señales de una quiebra próxima. Sin embargo, queriendo conocer la opinión de su hermano respecto á Sidonia, hablóle de ella en cierta ocasión, pero Eugenio se limitó á responder gravemente á las preguntas de Saccard, manifestándole que no la veía apenas y que la juzgaba bastante inteligente, aunque un tanto comprometora.

Algunos días después volviendo Aristides de la

calle de Penthicose, creyó ver salir de casa de su hermano á Sidonia, y aunque corrió para alcanzarla, no lo consiguió confundiendo su vulgar contorno negro con la multitud. Saccard detúvose un instante pensativo, y se propuso estudiar atentamente á su hermana, no tardando en comprender lo inmenso del trabajo que aquel sér demacrado é indefinido prestaba. Sintió desde entonces por ella el más vivo respeto, y en verdad no desmentía la sangre de los Rougon. Vió en Sidonia aquella sed insaciable de dinero, aquella necesidad de enredos é intrigas que caracterizaba á la familia, si bien gracias á las distintas industrias que ejercía, el temperamento común se veía viciado en ella, produciendo aquel extraño hermafroditismo de la mujer convertida en sér neutro.

Cuando tuvo Saccard su plan concebido, y decidióse á buscar los primeros fondos indispensables, pensó en seguida en su hermana. Sidonia al escucharle movió la cabeza y suspiró recordándole los tres millones, pero el empleado municipal no le toleraba semejante manía, y cada vez que hacía alusión á la deuda de los Estuardos burlábase de ella, pareciéndole que tal desvarío deshonraba una inteligencia tan práctica como la de Sidonia.

Esta, que escuchaba con la mayor tranquilidad las ironías más ágras sin que sus convicciones se

quebrantasen, por ello lo más mínimo, le explicó entonces con gran lucidez que no hallaría quien le prestase un cuarto, careciendo de garantías que ofrecer en cambio.

Sostenían esta conversación delante de la Bolsa, donde Sidonia debía jugar seguramente sus economías: allí, apoyada en la verja, á la izquierda del buzón del correo, había la certidumbre de hallarla hacia las tres de la tarde, y era aquel el sitio en el cual daba audiencia á gentes tan dudosas é indefinibles como ella. Convencido de que nada podía obtener en beneficio de sus planes, Saccard disponíase ya á separarse de su hermana, cuando con acento desolado dejó escapar esta exclamación:

—¡Si no estuvieras casado!

Lo singular de la frase y lo extraño de la reticencia cuyo sentido preciso no quiso inquirir, dejaron á Saccard profundamente preocupado.

Transcurrieron los meses sin haber cambiado la situación en nada. La guerra de Crimea acababa de ser declarada, y París indiferente á sucesos tan remoto se entregaba en brazos de las especulaciones y de las mujeres.

Saccard presenciaba aquel delirio creciente mordiéndose los puños, y aquel espectáculo le impacientaba coléricamente. Tal era la disposición de su espíritu cuando, no sin irritación y sin sor-

presa halló una noche, al volver á su casa á Angela enferma y acostada. Aquel accidente acabó de exasperarle. La pobre mujer quejábase tímidamente. Sentía escalofríos, y el médico cuando llegó á verla, manifestó á Saccard en el descanso de la escalera, que su mujer tenía una fluxión al pecho y no respondía de su vida.

Desde entonces Aristides se consagró al cuidado de la enferma, dejó de ir á la oficina, y no se apartaba de la cabecera de la enferma á quien miraba con expresión indefinible cuando, devorada por la fiebre y con la respiración fatigosa caía en un letargo. Sidonia á pesar de sus numerosas obligaciones, halló medio de ir todas las noches á preparar las tisanas, cuya virtud pretendía ser maravillosa, pues unía á sus demás profesiones la de enfermera por vocación, encontrando un singular placer en el dolor ajeno, en las estancias de los enfermos escuchando las conversaciones compungidas que se entablan en voz baja en torno del lecho de los moribundos. Además, parecía sentir una tierna amistad por Angela: procuraba hacerse agradable siempre á las mujeres enamoradas, con mil fruslerías, sin duda por el placer que proporcionan á los hombres; las trataba con la delicada atención con que el comerciante mira los objetos preciosos de su anaquelaría; las llamaba «querida mía, hermosa mía» y las arrullaba

como un enamorado. Aunque de Angela no esperaba sacar nada, la mimaba como á las demás, por costumbre, y así cuando la joven cayó enferma, las efusiones de su cuñada se hicieron más tiernas, llenándola de atenciones y cuidados, que Arístides miraba absorto y abismado en un dolor mudo y profundo.

La enfermedad en tanto se agravaba y una noche, el médico les confesó que la enferma no saldría de la madrugada. Sidonia había llegado temprano y se mostraba preocupada, mirando á su hermano y á Angela alternativamente, con aquellos ojos opacos, donde brillaba alguna luz de vez en cuando; y así que el médico hubo salido, templó la claridad de la lámpara, quedando todo en silencio.

Parecía sentirse llegar la muerte en aquella habitación caliente y húmeda donde la respiración irregular de la moribunda remedaba el tic-tac del péndulo que se va parando. Sidonia había abandonado las pócimas; sentada al lado de la chimenea, junto á su hermano, quien atizaba con mano febril la lumbre, arrojando sobre el lecho donde espiraba Angela miradas involuntarias.

Saccard enervado por aquella pesada atmósfera, entró en la habitación vecina, donde había encerrado á Clotilde, quien jugaba con sus muñecas sobre la alfombra. La niña sonreía á su pa-

dre, cuando entró Sidonia, y le condujo á un extremo de la habitación para hablarle en voz baja. La puerta había quedado abierta y se percibía el estertor de Angela.

—¿Has oído lo que ha dicho el médico?—dijo la corredora.—Tu pobre mujer... creo que todo ha concluido.

Saccard inclinó la cabeza sin contestar.

—Era muy buena,—prosiguió Sidonia hablando de Angela como si ya hubiese muerto.—Podrás encontrar otra más de mundo, más rica, pero nunca un corazón como el suyo.

Y como callase para enjugarse los ojos, pareciendo buscar una transición, preguntó Saccard sin rodeos:

—¿Tienes algo que decirme?

—Sí... Me he ocupado de lo que sabes, y me parece haber encontrado... Pero no es ahora ocasión... tengo el corazón destrozado.

Enjugóse otra vez los ojos. Después prosiguió:

—Es una muchacha que quieren casar en seguida... Ha sufrido la pobre un contratiempo y tiene una tía que haría un sacrificio...

Interrumpióse de nuevo gimoteando, llorando cada frase como si estuviera doléndose de la infortunada Angela. Era esto un recurso para impacientarse á su hermano y obligarle á preguntar,

para no cargar con toda la responsabilidad del asunto.

Aristides ya impaciente, dijo:

—¡Bueno, acaba! ¿Por qué quieren casar á esa chica?

—Verás, recién salida del colegio—prosiguió Sidonia—la perdió un hombre, en el campo, en casa de los padres de una de sus amigas. El padre se ha enterado... la quería matar... La tía por salvar á la pobre niña, se ha convertido en su cómplice y entre las dos han forjado una historia que han referido al padre, diciéndole que el culpable es un muchacho honrado que no quiere más que reparar su falta.

—¿Bien, y el hombre del campo se casará con la muchacha?—repuso Saccard entre enojado y sorprendido.

—No... es casado.

A estas palabras sucedió un silencio. El estertor de Angela se escuchaba más doloroso, la niña Clotilde había dejado sus muñecas y miraba á Sidonia con ojos muy abiertos, y Saccard sin reparar en nada comenzó á preguntar en tono breve:

—¿Qué edad tiene la chica?

—Diez y nueve años.

—¿Cuanto tiempo el embarazo?

—Tres meses... sin duda abortará.

—¿Y la familia, es rica y honrada?

—De la clase media. El padre ha sido magistrado. Muy bonita fortuna.

—¿De cuánto será el sacrificio de la tía?

—Cien mil francos.

Callaron. Ya no lloraba Sidonia. Se trataba de un negocio y su tono adquiría las notas metálicas de la vendedora que regateaba su mercancía. Aristides la contemplaba silencioso. Después preguntó:

—¿Y tú, qué quieres?

—¡Oh! Ya veremos,—contestó ella.—Ya me servirás á tu vez algún día.

Y como Saccard volvióse á su silencio, le preguntó sin rodeos:

—Díme lo que decides. Esas pobres mujeres están completamente desoladas y quieren impedir á toda costa el escándalo. Mañana, según le han prometido, confesarán al padre el nombre del culpable. Si aceptas voy á enviarles en seguida una tarjeta tuya.

Saccard parecía despertar de un sueño oyendo á su hermana. Visiblemente agitado se volvió nervioso hacia la habitación de la enferma, donde le había parecido escuchar un ligero ruido.

—Bien sabes que no puedo...—dijo al fin con angustia.

Sidonia le contemplaba fijamente con aire frío

y desdeñoso. La sangre de los Rougon, con sus desordenados y ardientes apetitos le subía hasta la garganta. Por fin Aristides tomó de la cartera una tarjeta y la entregó á su hermana, que se apresuró á guardarla en un sobre, después de raspar cuidadosamente las señas.

Después bajó á la calle. Eran apenas las nueve de la noche.

Saccard quedó solo, y sin saber lo que hacía, fué á apoyar su frente abrasada sobre los helados vidrios del balcón, olvidándose de cuanto le rodeaba, hasta el punto de ponerse á tocar con los dedos sobre el cristal la retreta.

La noche era tan oscura que experimentando un extraño malestar, apartóse del balcón y volvió maquinalmente á la habitación donde Angela espiaba. En medio de sus febriles pensamientos, había olvidado de su mujer, y al encontrarla incorporada á medias sobre la almohada, sufrió una sacudida terrible. Tenía los ojos muy abiertos y parecía que una oleada de vida había vuelto á animarla, coloreando sus mejillas, y sus labios trémulos y demacrados. La niña en tanto, sentada ahora en el borde de la cama de su madre, hasta donde se había deslizado, jugaba otra vez con sus muñecas.

Ante la presencia de Angela, momentáneamente reanimada, Saccard, vió ya por tierra su sueño, y

una idea criminal cruzó por su mente y debió reflejarse en su mirada. La pobre Angela quiso volverse cara á la pared para no ver á su marido, pero la muerte se acercaba y aquel relámpago de vida era la última llamarada de la lámpara que se extingue. No pudo moverse, y siempre con los ojos abiertos y fijos en su marido parecía como si vigilase sus movimientos. Este, que había creído por un momento en una milagrosa resurrección ideada por el destino por aplastarle, se tranquilizó al fin viendo que la quedaban pocos momentos de vida.

Los ojos de la moribunda revelaban que había oído la conversación de Sidonia con su marido, y que temía que la extrangulase sino moría bastante pronto. Resplandecía en sus ojos aun la terrible admiración de un alma dulce é inofensiva, ante quien en su hora postrera, se descorre el velo que cubre las infamias del mundo, estremeciéndose al pensar los años que había pasado al lado de un miserable.

Lentamente su mirada fué tornándose dulce sin manifestarse temor en ella. Tal vez disculpaba al culpable pensando en la feroz lucha que tanto tiempo sostenía con la fortuna.

Saccard, perseguido por aquella mirada que iba apagándose poco á poco, buscaba los rincones más sombríos para librarse de ella. Luego, con

repugnante cinismo, y queriendo olvidar su pesadilla, adelantóse hasta el radio luminoso de la lámpara como si fuese á hablar, pero Angela le hizo seña de que callara y continuó mirándole con suprema angustia mezclada de reproche y de perdón.

Aristides, como para sincerarse, se inclinó hacia Clotilde para sacarla de aquella habitación, pero la moribunda quería verla hasta el último momento exigiendo que permaneciese allí con un leve movimiento.

La pobre Angela se extinguía lentamente, sin separar de su esposo la mirada, cada vez más dulce, á medida que palidecía el rostro del miserable, á quien perdonó en su último suspiro, muriendo como había vivido, tranquilamente, desvaneciéndose en la muerte después de haberse desvanecido en vida.

Saccard permaneció tembloroso ante aquellos ojos muertos que le miraban aún, mientras la niña mecía dulcemente á su muñeca envuelta en un trozo de la sábana que servía á Angela de sudario.

Al regreso de Sidonia todo había concluído. Habituada á estos trances, cerró hábilmente los ojos de Angela, y después de haber acostado á la pequeña, preparó en un momento la cámara mortuoria. Colocó sobre la cómoda dos bujías encen-

didas y extendió cuidadosamente un pañuelo sobre el rostro de la muerta. Después, acomodándose en una butaca, durmió tranquilamente hasta la mañana.

Saccard pasó la noche en la pieza inmediata, extendiendo papeletas de defunción, interrumpiéndose con frecuencia en su tarea, y olvidándose de lo que hacía, alineaba en un papel columnas de guarismos.

La misma tarde del entierro condujo Sidonia á su hermano al entresuelo de su tienda, donde tomaron grandes resoluciones, decidiendo enviar á la niña con uno de sus hermanos, Pascual, médico en Plassans, que vivía, soltero, consagrado á la ciencia y á quien había ofrecido muchas veces dejarle á Clotilde para que le acompañara una temporada.

Sidonia aconsejó á Aristides que no permaneciese por más tiempo en la calle de Santiago, para lo cual le alquilaría por meses una habitación elegantemente amueblada cerca del Ayuntamiento, procurando que fuese en una casa de vulgar apariencia á fin de que no desentonara con su posición. Resolvieron vender los muebles de la calle de Santiago, para borrar hasta el último recuerdo del pasado, y tres días después, fué enviada Clotilde á Plassans, acompañada por una señora que iba al Mediodía.



Transformado Arístides durante aquellos tres días por las primeras sonrisas de la fortuna, fué á ocupar en Marais, calle Payenne, en una casa respetable, una linda habitación de cinco piezas. Aquella habitación había pertenecido á un sacerdote joven, que había partido inopinadamente para Italia, dejando encargado que buscara un inquilino, á su criada, amiga de Sidonia, que era algo aficionada á las gentes de iglesia y á los curas especialmente, como lo era á las mujeres, estableciendo quizás una cierta analogía entre las sotanas y las faldas de seda.

Saccard estaba desde el primer momento dispuesto á todo; trazado su camino esperaba decidido todas las dificultades y peligros de la situación aceptada.

Sidonia había referido en pocas palabras el suceso de la familia Berand, cuyo jefe el señor Berand Du Chatel, anciano respetable, era el último representante de una antigua familia de la clase media, cuyos blasones se remontaban más allá que los de muchas familias nobles. Uno de sus antepasados había sido compañero de Esteban Marcel, en 1793 su padre había muerto en el cadalso, después de haber vitoreado la República con todo el entusiasmo de que era capaz la burguesía de París; él mismo era uno de aquellos republicanos de Esparta, soñando siempre con un

gobierno justo y que interpretase bien la libertad. En el desempeño de la magistratura había adquirido la rigidez del cargo, presentando su dimisión de Presidente de Sala en 1851, cuando el golpe de Estado, después de rehusar ser miembro de aquellas comisiones mixtas que tanto deshonraron á la magistratura de Francia. Desde entonces vivió retirado en un hotel de la isla de San Luis, casi fronterizo al hotel Lambert, su mujer había muerto joven, y acaso algún drama secreto añadía gravedad al rostro del magistrado.

Berand tenía ya una niña de ocho años, llamada Renata, cuando su mujer murió, al dar á luz la segunda, que se llamó Cristina, y á quien recogió una hermana del señor Berand, casada con el notario Auberlat.

Renata fué enviada á un convento para su educación, y la señora Auberlat, que no tenía hijos y sentía por Cristina una ternura maternal, la retuvo y educó á su lado. Habiendo muerto su marido, llevó la niña á su padre, y se decidió á vivir entre aquel anciano silencioso y aquella rubia sonriente, quedando olvidada Renata en el colegio.

Durante las vacaciones, sin embargo, Renata armaba tal estrépito en el sombrío hotel, que su tía quedaba tranquila cuando la devolvía á la Visitation, donde estaba de pensionista desde los

ocho años, y donde permaneció hasta los diez y nueve, saliendo de allí para pasar una temporada en casa de los padres de su amiga Adelina, que poseían una hermosa propiedad en el Nivernais. Cuando en el mes de Octubre volvió á la casa de su padre, la tía Isabel quedó asombrada al encontrarla grave y profundamente triste.

Cierta noche la encontró sollozando en el lecho, en una crisis de agudo dolor, y en el abandono de su desesperación refriola una historia dolorosa: un hombre de cuarenta años, rico, casado, y cuya mujer joven y encantadora estaba allí, la había forzado en el campo, sin que osara ni pudiera defenderse. Esta confesión llenó de terror á la tía Isabel, y acusábase como si hubiera sido cómplice en la desgracia, de su predilección por Cristina, pues si acaso hubiera velado igualmente por Renata, la pobre niña no hubiera sucumbido.

Atormentada por aquel remordimiento, amparó á la culpable, templó la cólera del padre, é inventó solícita el extraño proyecto del matrimonio con el cual le parecía arreglar todo, desagrar al padre y hacer entrar á Renata en el mundo de las mujeres honradas.

Nunca se pudo averiguar como había llegado á oídos de Sidonia aquel buen negocio y como la honra de aquella noble casa había ido á parar al

cestillo de la corredora. La tía Isabel acabó por creerse obligada á aquella señora tan humilde y tan amable, que parecía tan interesada en la desgracia de Renata, hasta el extremo de buscarla un esposo en su familia.

La primera entrevista de Saccard y la tía Isabel, se celebró en la calle del Fabourg Poissonnière. Aristides, que había llegado por la puerta cochera de la calle de Papillon, comprendió al ver venir á la señora Aubertot por la escalera de la tienda la ingeniosa combinación de las dos entradas.

Mantúvose discreto en la conferencia, y trató del matrimonio con sumo tacto, como uno de tantos negocios. La tía Isabel, muy conmovida, balbuceaba sin atreverse á nombrar los cien mil francos que tenía ofrecidos.

Aristides, con el tono de un abogado que habla del asunto de un cliente, fué el primero en abordar la cuestión: según él, cien mil francos era una cantidad ridícula para él marido de la *señorita* Renata, y su señor padre despreciaría desde luego un yerno pobre, echándole en cara quizá de haber seducido á su hija por su dote, y esto en verdad, no era correcto. La tía Isabel deslumbrada por el tono enfático y culto de Saccard, perdió la cabeza y consintió en doblar la suma, al oírle declarar que, con menos de doscientos mil francos,

no se atrevería á pedirla en matrimonio. La señora Aubertot partió turbada y sin saber qué pensar de aquel hombre que tenía sentimientos de dignidad tan encontrados.

Llegó después la visita oficial de la señora á Aristides, en su habitación de la calle Payenne, ya en nombre del señor Berand. Había éste rehusado ver á «aquel hombre» como llamaba al seductor de su hija, mientras la boda no se hubiese celebrado. La tía Isabel llevaba ya plenos poderes y pareció complacerla el lujo relativo del empleado, en quien temía encontrar un hombre grosero y ordinario. Saccard la recibió vestido con un elegante traje de casa. Entonces entraba Aristides justamente en el número de aquellos aventureros del 2 de Diciembre que, después de pagadas sus deudas, arrojaban sus prendas deterioradas y se afeitaban las barbas de ocho días, convirtiéndose en hombres elegantes.

Conversó galantemente con la señora Aubertot, y cambiando de táctica, mostróse lleno de desinterés en todos los puntos que se trataron, y cuando se habló del contrato, mostró con un expresivo gesto, que aquello le daba poco que pensar. Ocho días llevaba hojeando el Código, meditando cuestión tan grave, de la cual dependía todo su porvenir.

—Acabemos,—dijo,—esta desagradable cues-

tión de intereses. Yo opino que la señorita Renata debe quedar siendo dueña de su fortuna y yo de la mía.

La señora Aubertot aprobó la idea, que no esperaba ciertamente, temblando por su sobrina, si éste hubiera querido meter la garra en la dote de Renata.

—La fortuna de mi hermano,—dijo en fin la señora,—consiste la mayor parte en propiedades é inmuebles, y no le creo capaz de castigar á su hija desheredándola. Así pues, la hace entrega de una finca situada en Sologne, valuada en doscientos mil francos, y de una casa, en París, cuyo valor asciende á otra cantidad casi igual.

Aristides, que veía colmadas sus esperanzas, casi quedó desvanecido al escuchar esto, volviéndose á medias para ocultar la oleada de sangre que le subía al rostro.

—Todos estos bienes,—prosiguió la tía,—suman unos quinientos mil francos, pero creo de mi obligación no ocultarle que la propiedad de la Sologne no renta más que un dos por ciento.

Aristides Saccard repitió sus demostraciones de desinterés, significando que nada de aquello le importaba, pues no pensaba inmiscuirse en la fortuna de Renata.

Sentado en su butaca, conservaba su actitud de amable indiferencia, haciéndose el distraído,